

el acto que se le atribuye es sucio, puerco y lleno de toda mancilla y fealdad. Verdad sea que estos indios usaban de la adoración de esta diosa Tlazolteutl diferentemente que los antiguos, porque la adoraban en orden de tenerla propicia para el perdón de los pecados carnales y deshonestos, que aunque mentían en esto, no era tan grave su pecado como el de los que la tenían por diosa de sus torpezas. Eran muy devotas de esta falsa diosa Tlazolteutl las personas carnales, y le hacían sacrificios y ofrendas porque les perdonase sus pecados carnales y feos y que no los castigase por ellos, según lo más o menos de sus culpas.

CAPÍTULO XXXIII. *De los dioses que tenían los de las provincias de Paria, Cumana, Venezuela y Santa María y otras sus convecinas*



EN LAS PROVINCIAS DE PARIÁ Y DE CUMANA y por todas aquellas tierras, sus convecinas y isleta de Cubagua, donde se solían pescar las perlas, Venezuela y Santa Marta, Cartagena, hasta la parte que nombraron el golfo de Uraba y la del Darién, con la costa del mar y las provincias y pueblos que se siguen, algunas leguas la tierra adentro, ningún ídolo ni templo se ha visto, ni se cree tener ni haber tenido todas aquellas gentes, solamente tienen sacerdotes que los doctrinan en la doctrina de Satanás, enseñados por este malo y capital enemigo; y hablando con éstos, saca los efectos de sus malas intenciones, como de esotras gentes se ha dicho en el capítulo pasado. Lo mismo era en toda la costa del sur, casi desde Panamá hasta la provincia de Nicaragua; y en la del norte, por el nombre de Dios y la provincia de Veragua; y de allí por toda aquella tierra que corre hasta Honduras, tenían conocimiento alguno de Dios verdadero y que era uno que moraba en el cielo, al cual en la lengua de las gentes del Darién llamaban Chicuhna. Querían decir por este nombre, principio de todo. A éste acudían con todas sus necesidades, pidiéndole remedio de ellas y a él hacían sus sacrificios. El mismo conocimiento de un Dios se tenía en las provincias de Honduras y Naco y adonde se pobló la ciudad de Gracias a Dios y hasta los confines de Quauhtemallan, creyendo haber un Dios criador de todo; pero esta noticia fue mezclada con la adoración que hicieron al sol y a la luna y a las estrellas; y a éstos hacían sacrificios. De manera que se verifica en éstos lo que dice San Pablo¹ de otros gentiles más antiguos, que aunque conocieron a Dios, no le adoraron ni reverenciaron como a tal; antes ciegos de su propia presunción adoraron piedras y palos, trocando la gloria de Dios en vana adoración de cosas corruptibles y perecederas, porque tenían dioses o ídolos de palo y piedra que presidían en el agua y en el fuego y de las sementeras y de otras muchas cosas. Por esto no eran éstos menos ciegos que los otros, de los cuales habla en aquel lugar

¹ Ad Rom. 1, 21.

San Pablo, porque el mismo sol y la misma luna y el mismo lucero que adoraban les estaba diciendo en su orden y hermosura haber otro mayor, a quien se le debe este reconocimiento; porque como la deidad no es partida, no se debe dar sino aquel cuya es, que es el hacedor del sol y de la luna y de las estrellas; y así ciegos de este error se desvanecieron y quedaron tontos y necios y dignos de la ira de Dios, y entregados a todos sus deleites y pasatiempos (como dice en este mismo capítulo el apóstol).²

Dando la vuelta para la provincia de Uraba, y de allí entrando por la tierra adentro hacia el reino de Popaian y el que dicen de Granada, donde se contienen innumerables naciones, no se hallaron templos ni estatuas o ídolos que parezcan ser dioses, sino que en las casas de los señores de los pueblos, u de las provincias, había un aposento apartado, muy empetatado o esterado, limpio y adornado, que parecía como oratorio, y allí había muchos incensarios de barro donde quemaban muchas resinas y cosas aromáticas, y entre ellas unas yerbas muy menudas, de las cuales algunas tenían una flor negra y otras blanca. En otras partes y casas de señores había, entrando en ellas, una renglera de quince y veinte imágenes de bulto, hechas de palo y puestas en orden y concierto, de la estatua de un hombre; y las cabezas de calaveras de personas racionales, los rostros y caras hechas de cera de diversas facciones y diversos en el asiento y planta, porque no todos tenían una postura, ni miraban de una manera. Estas imágenes o estatuas, más se cree haber sido de los señores antecesores de aquellos que gobernaban, imitando éstos al rey Nino de Babilonia, que hizo la imagen de su padre Belo (como en otra parte decimos);³ y, aunque a los principios no hubo otro motivo, después el demonio, que no duerme, lo convirtió en falsa y vana adoración suya. Y esto mismo se puede entender de estas figuras, que aunque se hubiesen hecho por aquel solo fin, ya servirían de ídolos de el demonio. Y esto se verifica, porque decían que aquéllas servían de oráculos, porque cuando llamaban los sacerdotes al demonio, entraba en ellas y allí daba sus respuestas a lo que se les preguntaba o los mismos sacerdotes se metían en ellas y hablaban (como en otra parte decimos de otras gentes y naciones).

En algunas partes de la provincia de Popaian, las gentes de ellas (o por ventura notadas, sino solos aquellos sacerdotes de que todo este Nuevo Mundo abundaba) hinchían de paja cueros de tigre y dentro de ellos les hablaban y respondían los demonios, y así aquéllos eran sus oráculos. Por esta manera y suerte iba la religión, en cuanto a los dioses de todas las naciones que había en todas las provincias que hemos nombrado y otras que dejamos de nombrar, que corren por muchas leguas, hasta entrar en los reinos del Perú, donde más donde menos, y casi la mayor parte de este orbe tiene algún conocimiento de el verdadero Dios; pero éste mezclado y ofuscado con el demonio, al cual adoraron y reconocieron como a Dios, según lo más o menos que del mismo Dios verdadero señor nuestro le fue permitido.

² 1, 31.

³ *Infra* cap. 25.